



¿ QUIENES SOMOS?

“ANDALUCIA ORIENTAL” ante el público

Surgimos a la vida periodística, con la pujanza de jóvenes animosos que pasan de una vida plébrica de ilusiones a otra de puras realidades.

Hasta hoy, nuestra edad y nuestra inexperiencia nos han empujado como expectadores ante la representación del gran drama de la Vida Humana, que ora en tragedia, ora en comedia, y siempre en escenas del vivir diario, seguirá desarrollándose en el Teatro de la Tierra.

Hasta hoy sólo hemos sido espectadores. Y al surgir a la palestra lo hacemos dando cumplimiento o los preceptos de la inexorable ley de sucesión que nos ha señalado nuestro papel de actores.

Este tránsito, que circunstancialmente está reservado a las juventudes, viene a trocarnos en realidad, lo que hasta hoy sólo fueron ilusiones que aleteaban en nuestro corazón, punzando por salir al exterior y aureolarse con el prestigio que da a toda obra el regocijo íntimo si en ella intervino como factor decisivo, nuestro esfuerzo personal.

Y surgimos en un ambiente de optimismo; nuestro primer día de vida va envuelto en generosos impulsos y nobles anhelos, que se traducen en magnífico prelude de realidades próximas.

Sabemos que la profesión es árida e ingrata; que nos acechan horas de amarguras y que ellas nos harán saber de todas las ingratitudes. Serán breves nuestras horas de satisfacción y que, en cambio, serán muy largas las de incertidumbre y desaliento, también lo sabemos.

Los obstáculos han de interferir nuestra marcha y ésta ha de verse muchas veces entorpecida en las varias encrucijadas que se distribuyen en nuestro camino. Y lo que en ocasiones habrá de parecerse como felicísimo remanso de paz que conforte nuestro ánimo, no será más que guarida de enemigos que, cual si fueren oses hambrientos, nos sorprenderán, abiertas sus fauces a impulsos de hipocresías, envidias y egoísmos, y mostrándonos en ellas toda la ponzoña y todo el veneno de una crítica despiadada...

Con alteza de miras y merced a la pureza de nuestra alma, a la generosidad de nuestro corazón y al piadoso sentimiento que todo lo existente nos inspira, triunfaremos sobre todas las pasiones ajenas y levantaremos nuestra frente a pleno sol con esa prestancia que ofrece la satisfacción del deber cumplido.

Conseguiremos nuestros objetivos; y sólo en nuestra conciencia vive, como un eterno lema, ese conjunto de preceptos a que hemos de someterla en la realización y práctica de nuestro programa. ¿Para qué definir? ¿Para qué anticipar una definición en que pudiésemos basar el ejercicio de nuestros proyectos?

No hay que perder de vista que somos muy jóvenes y que aún conservamos y conservaremos las puras y sanas costumbres adquiridas en el regazo familiar.

Sábias enseñanzas, cristiana educación y sólida instrucción moldearon nuestros corazones y nuestras inteligencias, adaptándonos a una estricta moralidad. Somos observadores y nuestra misión se limitará, pues, a impugnar aquello que, no estando en consonancia con lo que nos enseñaron nuestros antepasados, sea vicioso en la sociedad.

Tal misión desarrollará «Andalucía Oriental» en su desenvolvimiento, y a ella presta su concurso la prestigiosa colaboración con que contamos.

La visión de lo que seremos

mañana, aún en flor nuestro periódico, safura nuestro ánimo de fortaleza y optimismo, y a poco que lamentables imprevistos hagan replugar nuestro ánimo, las varias voluntades y todos los entusiasmos que viven en esta casa, aunados y puestos al servicio de nuestros ideales, se alzarán orgullosos y en un supremo esfuerzo llegaremos hasta donde la juventud puede llegar.

No nos confiaremos en la casualidad, sino en nuestra fé; pues vivimos en una época en que se nos pone a prueba mediante desengaños y fracasos. Y cuando abrimos el pecho a las esperanzas, es porque éstas están arrobadas con la certeza de los hechos próximos.

«Andalucía Oriental», este nuevo paladín, no huirá nunca de estas lides periodísticas y siempre tendrá sus armas al servicio de nuestra Patria Chica; y cuando vea realizados sus deseos, aspirará a más, a mucho más.

Réstanos, pues, saludar al público lector, que es a quien nos debemos, y a toda la prensa local, sin distinción. No podemos ser exclusivistas con una prensa que consideramos como nuestra maestra. Somos simples educandos en la profesión y necesitamos de la benevolencia de un público y de las enseñanzas de una prensa para que un grupo de jóvenes con sagrados al progreso, consiga el despunte de un día luminoso y de venturas en una aurora de sueños realizados.

Así sea.

INTIMA

Quise escribir y se tronchó mi pluma sin llegar al papel; las ideas sangraban silenciosas de la herida al través. Con la pluma truncada entre los dedos indeciso quedé, oprimiendo mis dedos la otra mano, queriendo contener las ideas que huían del cerebro en confuso tropel, cansadas de esperar en las tinieblas su ansiado amanecer.

Y se fueron... Veíalas esfumarse en busca del Edén, mientras yo quedé inmóvil en la mesa y llorando soñé cómo vuelan las almas, hacia el Cielo, y llegan hasta Él, de los pobres niños que murieron sin llegar a nacer.

MODESTO GARCIA.

Tabernas.



El exceso de original obliga a retirar del presente número varios dibujos de nuestro compañero «Cardenio», así como varios trabajos de prestigiosos colaboradores a quienes, le falta material de espacio, nos impide complacerles; prometiéndoles la publicación de dichos originales en el número próximo.



ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

CRONICAS ALMERIENSES

LA ALCAZABA



En las ciudades andaluzas, últimos baluartes de pretéritas dominaciones, fácil es encontrar aún huellas indelebiles del esplendor musulmán.

Entre suspiros de sultanas y danzas de odaliscas... entre el poderío de bravos reyes moros y la esclavitud de aquellas cautivas cristianas que deshacían en llantos todas sus amarguras... el alma soñadora de la turba morisca legó a la posteridad delicados motivos que, aleteando en el alma de futuros artistas y aureolando con evocaciones de pasadas grandezas la mente de nuevos soñadores, harían vibrar las cuerdas de la lira española e impulsarían al pincel de la musa castellana a reflejar toda la poesía y todos los encantos que esbozó por tierras andaluzas la pereza musulmana...

Ansiosos siempre de nuevas emociones para nuestro corazón de artista, nos refugiamos a veces en la apacible quietud que reina en las mezquitas árabes, o emprendemos el ascenso hasta las crestas de las montañas, para que allí, desde el castillo abandonado, confortemos nuestro ánimo con las sensaciones que nos ofrecen la frondosidad exuberante y la belleza inextinguible del cuadro que nuestra vista contempla...

Hasta allí sube el aroma de vida que exhala la ciudad. Y parece como si fuera el murmullo suave de dulces plegarias o como el incienso de una gran bendición que sube hasta el cielo...

En esta Alcazaba mora, adonde llegan casi imperceptibles los rumores bulliciosos de la urbe, más que la acción lenta del tiempo que carcome sus murallas, misteriosas golondrinas, que van más allá del mar, llevan en sus picos trozos de las almenas... Y es que en el encanto que encierran estos nuncios del moro, van condensados los suspiros del árabe, esos suspiros que expresan toda la nostalgia musulmana.

Cuando allá... en Africa, llegue el eco del «Angelus» cristiano, el tímido moro incline su cuerpo sobre el tostado campo, y abraza los brazos se incorpore de nuevo... quizá las misteriosas golondrinas recojan sus plegarias suspirantes... y tornen a España.

Quizá lleven la consigna de arrancar las Alcazabas grano a grano, y devolverlas a sus dueños. Quizá sean ellas las que al surcar las ondulinas de nuestro cielo, lancen sus trinos como expresión de la venganza musulmana: ellas son, sin duda, las mensajeras, las enviadas por Alah... que se nos llevan lo que no es nuestro... lo que es de ellos.

Y ellos... también lloran hoy; también deshacen en llantos todas sus amarguras insanas y todas sus nostalgias que se mitigan y usan cuando las oscuras golondrinas vuelven a sus lares, llevando en el pico, grano a grano, toda la tierra que formó la Alcazaba, y en sus cabeceñas sudorosas, todo el sudor en que se amalgamó la tierra y por entre sus alas... el polvo de una España moria...

¡Ese es el bien concedido por Alah a las dulces plegarias de gementes moros que abrieron sus brazos y se postraron de hinojos cuando a ellos llegaba el eco del «Angelus» cristiano!

Llegamos en nuestro ascenso hasta donde humanamente puede llegarse. Miramos en derredor de aquellos viejos torreones que nos sirven de pedestal y en nuestro mudo arrobamiento contemplamos un cuadro de grandiosa magnificencia, limitado por espléndidos horizontes y matizado por riquísimo color eternamente inalterable.

La ciudad, de aspecto más gracioso que artístico, con sus pretensiones de hembra joven, se extiende a mis pies y a mi alrededor, bajo un cielo diáfano, salpicado de ligeras nubes que vagan lentamente como últimos restos del incienso de una bendición que desciende desde el cielo sobre el mar y sobre la costa.

A un lado de la ciudad, aparece un campo con su fondo de eterno verdor. A la derecha, la estribación de una montaña de imponentes desfiladeros y cumbres altísimas, entra resuelta en el gentil Mediterráneo; y más allá todavía, una llanura árida, tostada por el fuego de un sol implacable, se extiende en suaves ondulaciones hasta perderse en la indecisa lejanía. Enfrente, el mar, limitado en el horizonte por espesa cortina de brumas cenicientas, se endormece perezoso y exhala con ritmo igual sus lánguidos suspiros.

Y bajo este gran sol del medio día que convierte en menudo polvo de oro el polvo que sube de la ciudad, sólo las velas arrugadas de algunos bajeos rompen con sus flotantes sombras la monótona blancura del mar en calma... ¡Qué gran cuadro, qué maravilla de luz y de color!

Aquí, en estas alturas de la Alcazaba morisca, recuerdo sombrero de grandezas del tiempo pasado, adonde los ruidos de la ciudad llegan amortiguados, confusos, ininteligibles... como el eco de palabras olvidadas: donde no se desgarran ninguna honra, ni se tira al arroyo ninguna virtud; donde se olvida todo pesar y todo sufrimiento; donde más se piensa en Dios, que en el mundo... siéntese invadida el alma por un irresistible deseo de alejarse por siempre del contacto humano...

¡Pero agrada más al alma la quietud reparadora del éxtasis que el hundirse en el torbellino de la vida y agitarse con febriles ansias en el fondo de todas las lacerias humanas que ahí abajo hieren los corazones y corrompen las conciencias?... Véase por donde me asalta una gran duda. Más todavía: he aquí donde hallo un gran misterio, que sirve de círculo a muchas imaginaciones, en torno del cual se circunscriben sin jamás penetrar en su seno.

Si... ¡Qué gran cuadro, qué maravilla de luz y de color puede nacer aquí del arte prodigioso y del talento sobeano de esos grandes artistas a quienes la Naturaleza no niega jamás ni aún los secretos de sus palpitaciones más hondas!...

Desde estas sombrías ruinas de la Alcazaba morisca que se derrumba y se deshace por los rigores del estío y de la lluvia, conmueve la grandiosidad del cuadro, y el alma, sacudida por suaves y dulces emociones, eleva espontáneamente una plegaria, que sale temblando de los labios y llega con sonrisas de virgen allí donde sólo pueden llegar los arrobos de la fé y los desvarios de la imaginación...

Francisco VELARDE.

S. M. el Rey Don Alfonso XIII



EL MEJOR HOMENAJE

¿Por qué exhibiciones?

Hoy, que coincidiendo con nuestra salida, celebra la España oficial la onomástica de nuestro Soberano, Don Alfonso XIII, se exteriorizarán los sentimientos patrióticos de muchos ciudadanos, siguiendo, algunos de ellos, los dictados del exhibicionismo, que no son, precisamente, los que más se adaptan a los preceptos del corazón, siempre dispuesto, porque es español, a hacer Patria.

El contingente oficial, huirá de las oficinas; la sagrada enseña ondeará en los edificios públicos; el Ejército vestirá sus mejores galas; millares de telegramas llegarán a Palacio como el eco de clamores provinciales. Pero lo que ciertamente no llegará a manos de S.M. será el compendio acreditativo de

la labor ciudadana en beneficio de la nación.

El mejor y más elocuente de los homenajes que hoy pudiésemos rendir a nuestro Rey, sería aquel en que cada alcalde, cada organismo, cada español, tributara el testimonio de cuanto beneficioso hubiese realizado en favor de los pueblos españoles.

Esta es la idea que nos anima y que brindamos a cuantos organismos integran la vida local y provincial, para que en ella se inspiren los homenajes futuros.

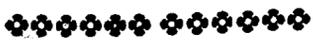
Tal es la fé que nos aviva; tal es la esperanza que nos conforta el ánimo, tal es el amor que nos alimenta... que no podemos por menos de surgir por la Patria y por el Rey.

PRO PATRIA

Me piden una cuartilla para su reciente publicación, y honrado con este ruego, tengo el gusto de remitirle la siguiente:

«Todo cuanto redunde leal y noblemente en beneficio de la popular cultura, debe ejercer la aprobación y el apoyo de los ciudadanos como un deber nacional; y la prensa periódica a quien informe este sentir y querer, es un elemento de la mayor importancia al logro de tan elevada finalidad, permaneciendo ajena a las minucias de las banderías, o sectarismos y concupiscencias de bastardas pasiones, rechazadas siempre por los que, teniendo por guía la más sana moral, están animados de un espíritu recto y son fieles cumplidores de los deberes religiosos, ciudadanos y de fraternal convivencia social; entendiendo lo que así se labora eficazmente Pro Patria.»

José Rocafull.



El blasfemo

El blasfemo es uno de los azotes más terribles de la humanidad. Apenas si puede cruzar varias palabras sin emponzoñar con su baba inmundada todo lo más sagrado.

Su torpe lengua muéve se insistentemente para proferir el dicitario más soez, más inhumano, más ruin.

Cuando su irritabilidad se exagera, entonces se precisa de un bozal para atajar los exarruptos de su boca lanza.

Hiere los sentimientos. Es un constante peligro para la sociedad entera y más aún para los individuos que con él conviven.

Precisa prevenirse contra el blasfemo cual si se tratara de un anestado: hace estragos por doquier.

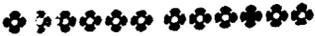
Su aliento fétido y nauseabundo, nos provoca repulsión y asco; es un leproso que contagia al pueblo.

Debemos huir de él, haciéndole el vacío, cual si se tratara de un colérico.

Causa a la sociedad un daño muy profundo, y ante él, todos cuantos militamos en las filas de la más sana moralidad, debemos oponernos resueltamente a la propagación de este mal social, y batallar hasta obtener la extirpación total de un vicio tan horrendo, que constituye un baldón de ignominia para los pueblos medianamente civilizados.

José Aguilar López.

Almería 1926.



(De nuestra colaboración)

El general Saro

... De pronto se cegó mi fantasía. Expléndi las visiones de la Historia pasaron ante mí. Su excocha gloria más que la luz del sol resplandecía.

¿Qué visiones son éstas. Patria mía, que me inundan de amor la memoria y los de Espanto la inmortel victoria. Como Antón. Las Navas o Patria.

Colón, Peláyo, el Cid, el gran Cisneros, Juan de Cortés, que intriguó los guerreros, los sofismas, de la Cruz bajo el amparo?

¿Quién guarda sus laureles, sus emblemas? Y una voz me contesta: En Alhucemas los guarda el general Leopoldo Saro!

MARCOS HIDALGO.

Juán, 1926.



NUESTROS TRIBUTOS Homenaje a Almería

Para que nuestra labor, al menos, signifique la expresión del fervoroso amor que profesamos a nuestra patria chica, hemos gestionado autógrafos de escritores, periodistas y personas notables, con los que formaremos un álbum, del cual se hará entrega a nuestro Ayuntamiento para que figure en su Archivo.

Con este motivo hemos rogado a varias personalidades que figuran en el mundo de las Letras, avaioren una postal con un pensamiento, en prosa o verso, dedicado a Almería, a su Historia o a la Mujer Almeriense.

El Director de «El Liberal» de Madrid ha contestado agradeciendo el honor que se le ha dispensado y consignando el pensamiento autográfico que sigue:

A ALMERÍA

Como Venus, naciste, entre las olas, del fondo de una concha nacarada, y, como Venus, creas un prodigio de línea, de color, belleza y gracia.

Francisco Villanueva

Director de «El Liberal» Madrid



A LUCHAR

Es innegable que esa provincia padece una crisis tan aguda en sus grandes problemas, que bien puede decirse de ella, como de casi todas las demás, que ha hambre y sed de realización de sus palpitantes problemas; de esos mismos problemas que constituyen nuestra pesadilla en esta provincia; de esos mismos problemas donde la incógnita, muchas veces, es nuestra peculiar indiferencia, nuestra singular apatía, nuestro censurable escepticismo.

Desde las mesas de café, no pueden ni siquiera plantearse esos problemas; lo más que de ordinario se hace, en honor al tiempo que se pierde en tales tertulias, es la definición de sus enunciados.

Aún cuando en círculos y cafés sólo se escucha el rumor de conversaciones colectivas, falta, sin embargo, un ambiente de colectividad; existiendo, en cambio, un individualismo comparable al del jugador; y, a poco que profundiceis en vuestras conversaciones se observará lamentable y dolorosamente la inercia del abúlico.

«Andalucía Oriental», que me otorga el honor de dedicarle una cuartilla para su número naciente, debe surgir a la lucha periódica para enunciar con sus iniciativas los problemas que afectan a la vida de esa ciudad hermana; plantear con sus campañas, beneficiosos proyectos y resolver con sana actuación las cuestiones que sugieren todas las necesidades de los pueblos civilizados. . . .

Animo, pues, y a la palestra.

C. RUIZ CARNERO

Director de «El Defensor»

GRANADA



« ABOGADO »

Cuestiones administrativas, Económico y Contencioso-Administrativas

Teléfono n.º 317.

Bufete: Reina, 14, pral.—ALMERIA



ALIMENTO TÓNICO-RECONSTITUYENTE

Mi saludo

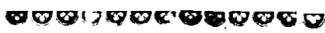
Mujer, ¿te acuerdas de cuándo nos conocimos?... Yo era un pobre caminante que, sin rumbo, marchaba en pos de lo ignorado. Mi vida, sin ideal en quien cifrar mis esperanzas y sin un ser en quien depositar mis sentires, era monótona y triste. En mi soledad, se esfumaban las ilusiones, que por un momento brotaran de mi corazón. No te conocía. Aún no habían llegado los fulgores de tus ojos a rasgar la obscuridad de mi alma, sin amor. No había sonado todavía, en el silencio de mis tristezas, tu voz de ángel, que es clarín anunciador de gloria. No te conocía aún, y por eso vivía sin ideal... sin ilusión... sin alegría.

Mas, un día, el más dichoso de mi existencia, día que siempre vivirá en mi recuerdo, pasaste junto a mí; y el fuego de tus ojos al clavarse en los míos, formó en mi corazón una hoguera de amor, tan puro y apasionado, que desde aquel instante, mi vida fuiste tú. Nos volvimos a ver varias veces. Y una noche, al tiempo que la luna hacia su aparición, bañando de tejidos de plata todo lo que antes era obscuridad, acogiste amante el cariño que a tus pies rendía. Y cual otra luna, llenaste de celestial claridad las tinieblas de mi alma.

Hoy, con «Andalucía Oriental», nace a la luz pública un gran paladín del Amor y de la Belleza. Sea para tí, mujer, el saludo que hoy hago desde las columnas de este periódico. Y tú, cual buena mensajera, hazlo extensivo a todas las demás mujeres, pues vosotras sois la luz de la vida y la fuente de la felicidad.

José Baena Giménez.

Dadas y Enero 1926.



La obra del Magisterio

Dios hizo al hombre perfecto como todas las demás criaturas, y por eso, al terminar su obra, al complacerse mirando todo lo que había creado, vió con satisfacción que todas las cosas eran buenas. Sin embargo, el hombre, aquella criatura noble, sbala sana de cuerpo y de alma, está hoy sometido a bajos apetitos, a ignorancia supina, a enfermedades mortificadoras, a perversión del alma y descomposición del cuerpo. Este cambio desastroso nos lo explica el Génesis atribuyéndolo al pecado. No podía Dios, Ser perfecto y admirable en sus obras, crear un ser que teniendo naturaleza y fin tan nobles, estuviera tan degenerado.

Contra esta naturaleza caída y degenerada, en lo que tiene de malo y torcido, hay que luchar desde la cuna al sepulcro.

Esta lucha la sostiene, primero, la madre, cuando en el regazo materno, graba en el corazón del niño, con arte insuperable, santas máximas que dejan huella indeleble y que ejercen influencia decisiva en la formación futura del hombre y en su actuación en la vida, hasta el punto de haber llegado el Doctor Rubio a demostrar que las primeras impresiones de la infancia van moldeando el espíritu, de tal modo, que muchas manifestaciones del carácter del hombre, tienen su fundamento en hechos acaecidos en la infancia, muchas veces olvidados.

Son, luego, el padre y el maestro o preceptor los que validos de su autoridad inculcan en el niño los principios del buen obrar, y al mismo tiempo que lo insruyen, ilustrando su mente, forman su corazón, disponiéndolo valerosamente a la hombría de bien, previniendo con la experiencia de sus años y las luces de la Historia los males que pueden hacer flaquear al joven, para procurarles un preservativo.

Completan y pulimentan el carácter del hombre, los ejemplos de la Historia, vida de grandes hombres y la propia y dolorosa experiencia adquirida en la sociedad.

Esta es la obra del Magisterio; materno, privado y público: Restaurar, reparar la naturaleza humana decaída por el pecado, elevándola y ennobleciéndola por medio de la educación.

Ricardo Ibáñez.

Almería

Hagamos Patria...

Los jóvenes almerienses, nos dan hoy una nueva prueba de la cultura que siempre les caracterizó.

Quieren seguir demostrando sus aptitudes para el trabajo intelectual, y decididos, firmes en su propósito, nos sorprenden con la grata noticia de haber escalado la cumbre de sus más puros ideales... ¡Han creado un nuevo periódico, que, bajo el título de «Andalucía Oriental» sale a luz por vez primera lleno de ilusiones y esperanzas, anhelando contribuir con su poderoso esfuerzo al engrandecimiento de nuestra querida tierra!..

Yo que soy constante admirador de los que trabajan, al tener conocimiento de la referida publicación, dulcemente impresionado, tomo la pluma para felicitar con toda la efusión de mi alma a esos genios de nuestra literatura contemporánea, lamentando al mismo tiempo que mis pobres energías no puedan coadyuvar más intensamente a la magnífica obra que aquéllos se proponen.

Nada valgo, pero nací al dulce mimo de las brisas almerienses, y al recibir de manos del simpático Director señor Velarde el nombramiento de redactor con que me honra, y que es ante todo una gran fineza del amigo, después de agradecerla profundamente, me veo precisado a trazar estas cuartillas por dos poderosas razones. La primera, la más sublime, la más grande, es la que a todos nos obliga a luchar. La de Patria. Después, por la que señala a los hombres bajo el calificativo de caballeros.

Hemos de ayudar a los que trabajan incansables, para que nuestro querido pueblo brille a la mayor altura, y corresponder a los que generosamente nos brindan su amistad.

Y escribo, como siempre lo hice. Para llevar con mis humildes producciones literarias, todo el amor que alberga mi pecho en favor de los que luchan por el supremo ideal de esa costa tan adorable que es nuestra Patria Chica; para llamar al corazón de la humanidad, y rogar a los grandes, protección y benevolencia para los pequeños, para los que terminan de nacer.

«Andalucía Oriental» viene al mundo plétorica de vida, con ansias de llegar a ser un poderoso paladín de nuestros intereses, pero como todos los recién nacidos, falto del apoyo de cuantos le rodean.

Almerienses: ayudemos a nuestros jóvenes literatos, aportemos nuestro grano de arena para cimentar la obra que han trazado, para que prevalezca la nueva publicación. Haciéndolo así, podemos esperar que en no lejana fecha, ella, nos proteja con su poderoso brazo, defendiendo los intereses de Almería, que son los nuestros.

Hagamos Patria, como hacen nuestros guerreros; pues si aquéllos la engrandecieron con la espada, también nosotros podemos enriquecerla, protegiendo su cultura, y avalorándola con nuevas obras literarias.

El Hombre Gris.



ECOS DE TRISTEZA

PARA «ANDALUCÍA ORIENTAL»

Estrellas que errantes cruzan el azul del firmamento, que como lámparas tristes despiden leves reflejos, que brotan entre las nubes y desaparecen luego; son almas abandonadas que sin amor van muriendo.

Floreóllas que se abren sobre tallos así secos, que del claro sol no gozan los enamorados besos, que no aparecen en los aires los perfumes de su aliento; son almas enamoradas que van sin amor muriendo.

Olas del mar que se extienden sobre el arenoso lecho de la playa solitaria, que las recibe en silencio. Olas, estrellas y flores, mariposas y arroyuelos, de nuestra historia pasada... vienen a ser los recuerdos. Viven, lo mismo que vive el corazón en mi pecho, que soy alma abandonada que sin amor voy muriendo.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

MÁLAGA

¿Cómo se remedia el malestar de la clase obrera?

La clase obrera atrae todas mis simpatías y merece toda suerte de protección.

El obrero necesita palabras de consuelo, trato de familia, justicia y caridad.

Yo he tenido ocasión, muchas veces, de ver de cerca al obrero, y le he oído quejarse en las horas amargas de su vida.

Siempre he sido franco en proponer a la clase trabajadora el remedio de sus males. Si los obreros pensarán y vivieran en cristiano, no sería tan desgraciada su existencia.

Si yo les repito desde estas columnas lo que tantas veces les he dicho: «Hay que inyectarles, como decía Pradera, el sentido católico de la vida, el cual está contenido en estas luminosas palabras del Angélico autor de la Suma Teológica, Santo Tomás de Aquino: «Como el hombre no es un animal, ni un esclavo, el fin propio de la multitud no es sólo vivir, sino vivir una vida normal, y vivir bien». Ahora bien; para que el hombre pueda disfrutar de una vida buena, indispensablemente han de acompañarle dos condiciones: una, y es la primera, consiste en la práctica racional de la virtud cristiana; y la otra, que es secundaria, se integra por la suficiencia de bienes corporales, hasta el punto que posea lo que necesita para el sustento propio y el de la familia.

La virtud cristiana brilla en un alma llena de fé divina, de esperanzas ultraterrenas, y amores celestiales. El obrero no puede ser feliz si no sabe amar a Dios, si no siente la verdadera fraternidad, si no pone su corazón en la conquista de una vida eterna.

Los valores espirituales han de estar siempre en alza en la conciencia y en las resoluciones de la clase obrera.

El obrero no debe olvidar que el dolor es un atributo inseparable de la condición humana, y que el trabajo es una ley de expiación y un castigo necesario que sigue al hombre, por razón del pecado.

La ambición desmedida da riquezas y el mal uso de los sentidos, punzan luego en la soledad, en lo más íntimo del alma, y el obrero se desespera.

Por lo que toca a los bienes necesarios del cuerpo, la clase obrera ha de trabajar dentro de la ley, y sin salirse del orden, hasta conseguir las mejoras económicas necesarias para llevar una vida buena. A este fin, el Estado es el primero que ha de tener en cuenta las necesidades y las justas aspiraciones del obrero; y por su parte, los trabajadores deben orientarse hacia el régimen corporativo, cristianizando sus esfuerzos en el sindicalismo honrado, sin fermentos revolucionarios, pero sí cristianamente democrático, que mantenga relaciones en el orden jurídico y social, entre el Poder Público y las clases trabajadoras.

El jornal mínimo suficiente y familiar, y la participación proporcionada en los beneficios extraordinarios de las grandes industrias, completarán el coeficiente económico del obrero, máxime, si éste posee el gran sentido del ahorro.

Carmelo Coronel.

Almería 1926.



De nuestra colaboración

LA VIDA

Misterio que a explicármelo me exhorta la ley que la prende, ¿me embarga: si la azota el dolor, penosa y larga... si la endulza el placer, rápida y corta.

Hay quien sufre en silencio y la soporta. Para el hombre feliz no es una carga, y el que apurando su cicuta amarga no logra redimirse, se conforta.

Un poema de amor lleva consigo para aquel que la hourr combatiendo del bien y la virtud al noble abrigo.

Para mí, que jamás fuera un castigo; pues la debo a mi madre, aunque sufriendo, y al haberse ausentado... ¡ta bendigo!

J. VEGA NEVARES.

Valencia, 1926.



La opinión alemana

Sentados, frente a frente, von Arnaung, mi amigo el alemán, y yo, hablamos. Entre ambos hay una mesilla de café, con tablero de mármol, que sostiene dos «bocks» de cerveza y unas cuartillas, aún en blanco, donde transcribiré, sin quitar punto ni coma, la conversación habida entre los dos, dada la relativa importancia del tema a que pienso derivar nuestra charla, que, más tarde verá luz pública en «Andalucía Oriental».

—¿Qué opinión tiene usted de España, respecto a su desarrollo y progreso en estos últimos tiempos?—le pregunto.—Desearía saber el parecer de los extranjeros sobre mi patria. Usted, como tal, sin apasionamientos, podrá darme mejor que nosotros, los españoles.

—Difícil será dar la respuesta exacta—me contesta;—sin embargo, procuraré responderle del mejor modo posible. Una parte del mundo—empieza—creo en una España de pandereta, donde los bandidos, los toreros las «majas» de altas peinetas, blondas mantillas y navaja en liga, representan los primeros papeles; en fin: en una España haragana e indolente, que ellos vieron retratados en esos «films» detestable, que son conocidos con la denominación, bastante propia, de «españoladas». Otra parte sabe de una España grande y hospitalaria, de hijos tenaces y trabajadores que, con sus nombres, célebres por las ideas o por los inventos de aquellos que los llevan, logrando, al atraer la atención mundial sobre ellos, atravesarla, en consecuencia, sobre su patria... Últimamente, los de Pablo Iglesias y la Cierva, son una prueba de lo que le expreso.

Esta España la verdadera, según yo mismo he podido comprobar, al visitarla, es la generalmente conocida. Su misión, loab e, civilizadora en Marruecos, el éxito rotundo de las últimas operaciones, llevadas a cabo en Alhucemas, juntamente con otros «detalles» al parecer sin importancia, ha atraído, relativamente, la atención, sino del mundo, al menos de Europa, sobre su país.

De lo aquí expuesto, puede usted deducir la respuesta más exacta a la pregunta que me ha hecho. Sin embargo, aparte de lo que le he dicho—añade von Arnaung, después de una corta pausa—adolesce, como muchas otras naciones, y como todos podemos notar, observándola en su interior, de ciertos defectos, que, aunque muy generales en la sociedad, no son nada perdonables... Fíjese, sino, en las escasas escuelas y centros de enseñanza que su país posee. Pare su atención, por unos instantes, en esa turba haragosa de «golfillos», de hijos del arroyo, que por ahí pululan aún en las ciudades más populosas, vagando al azar, deambulando sin más objeto que el de molestar al transeúnte y cometer diabluras, comprensibles, es cierto, en su infantilidad, pero que tan mal dice de un país civilizado. Me objetará Vd. que la culpa la tienen los padres, que no los hacen ir a los colegios; pero ¿y los que no los tienen, los que apenas nacidos se encontraron solos en el mundo, sin más ley que su propia voluntad? ¿y los que, aún teniendo los, la indiferencia de sus progenitores ante la instrucción, los dejaron a su libre albedrío, por lo cual, cosa natural, eludieron el régimen escolar, un tanto rígido y anticuado, de que ustedes hacen uso?

Sé que en España la enseñanza es obligatoria, como ordena ciertas leyes y reales órdenes; pero no sólo es suficiente dictar éstas, sino también hacerlas cumplir, procurando, desde luego, que esas leyes, ni sean absurdas ni poco lógicas. Mas, a pesar de esos decretos, los niños, sobre todo los pertenecientes a la sufrida clase pobre, pisan, por casualidad, las aulas liberadoras, puesto que ser analfabeto, equivale a ser perenne esclavo de la ignorancia.

¿Cuál es la causa?... No sabrían responderle. Quizá la negligencia de ciertas autoridades... Pero, en fin, terminemos. Si, como me ha dicho, mi pobre opinión va a ser llevada juntamente con mis observaciones, a las columnas de su periódico, ya voy prolongando demasiado mi exposición, para que ésta tenga cabida en «Andalucía Oriental». Otro día, pues, continuaremos nuestra charla y, si usted comprende que puede interesar al público, haga lo que quiere hacer con ésta.

leidro NAVARRO.

TODAVIA HAY TIEMPO

A pasos agigantados camina la humanidad a los repugnantes vicios de los antiguos griegos y romanos. Hombres y mujeres se lanzan — unos inconscientemente, otros en plena posesión de sí mismos — en el remolino impetuoso de aquellos abominables vicios.

Los factores principales de la corrupción reinante son, de una parte, las modas y, de otra, unos cuantos novelistas poco escrupulosos que hacen narraciones sucias, despreciables, despertadoras de anhelos imbéciles hacia placeres eróticos, despreciables y más sucios aún.

Hoy, desgraciadamente, hay muchas mujeres «modernas». Viven una vida frívola, sin idealidad, con los sentimientos muertos. No piensan nada más que en pintarse el rostro, el cabello, las manos...; el escote, procuran dejarlo más abierto de los lados, porque a la vez que enseñan unos más o menos torneados y nacarinos hombros, dejan ver las «frititas» de la «mussolini» que es nota de buen gusto; la falda muy cortita para lucir las hermosas pantorrillas Mistin-guet.

Y, sin embargo, hay mujeres recatadas y bellas, sin necesidad de pinturas, que no las «vemos» porque toda nuestra atención está puesta en las hembras «dernier cri», despertando apetitos desordenados en unos hombres y una sensación de desprecio y asco en otros.

En los kioscos y bastantes librerías existen, a la vista del público, libros y revistas pornográficos con portadas demasiado llamativas. Y los libreros no tienen inconveniente en vender estos libros y revistas a los niños, ya que el dinero viene a llenar su caja.

Es lastimoso ver cómo estos niños se reúnen en grupos para leer esos libros y después encontrarlos en piscifumbos, donde, por unos céntimos, les dejan ver cosas indecibles.

Estos libros también los leen los hombres; y, por descuido, los abandonan en sus viviendas, yendo a parar, como es consiguiente, a las manos de su esposa o de sus hermanas y aún de los niños que hubieren en las casas.

A las mujeres, curiosas de por sí, cuando leen esas narraciones abominables, el diablillo de la curiosidad las hace pecar una vez: lo que las hace reír y a usted a saber! A los hombres es el agotamiento, ayudados por esas novelas, lo que hace que se degeneren; y cada día aumentan el número de estos hombres repugnantes: (en Almería puede comprobarse muy fácilmente).

«Los guavabos de hoy saben más que uno» — como acertadamente dice una de las acuarelas expuestas recientemente por el señor Díaz Spottorno — y ha de llegar el día en que el decaimiento sea más completo.

Las autoridades deben poner todo su celo en recoger esos libros que están causando tanto mal entre los hombres y mujeres y que tanto daño harán a las generaciones futuras.

Vicente GUERRERO.

Almería, 1926.

ENCUESTAS DE «ANDALUCIA ORIENTAL»

¿Qué haría Vd. si fuese Alcalde de Almería?

En esta sección tendrán cabida cuantas opiniones se nos remitan; debiendo advertir que esta acogida se dispensará a todas aquellas que, firmadas por sus respectivos autores, se ajusten estrictamente a nuestros deseos.

Para todos aquellos que sustentan la creencia de que es llegada la ocasión de herir susceptibilidades con insidias o manifestaciones tendenciosas, van nuestras advertencias; haciendo constar que rechazaremos cuantas se nos envíen en tal sentido.

ELIXIR de A. HOUDÉ
DE TANATO DE PELLETIERINA
 CONTRA LA
LOMBRIZ SOLITARIA

Exclusivamente preparado con el principio activo de la lombricina y obtenido con jarabe de frambuesa tiene la triple ventaja de su gusto muy agradable, su acción rápida y su efecto siempre curativo.

PARIS, 10, rue de Valenciennes, 10.
 MADRID, pedido por la Agencia de C. A. Sarracina, Soria, 31.

Lo que debiera ser

Hoy predomina en el ambiente en que se desenvuelven nuestras energías, una actitud marcadamente escéptica.

¿Son estos los momentos propicios en los cuales pueda renovar la juventud las antiguas normas?

Es esta una interrogación algo complicada, tanto más, cuanto que ahora la juventud, no eleva su voz; ahora que duerme, desoyendo los llamamientos que el pueblo le hace. Ella se encuentra en un estado tal de insensibilidad, que es preciso desoír de ese letargo estóico, si hemos de honrar la hermosa palabra «juventud» que lleva en sí, la pujanza de un esfuerzo bienhechor.

Es un deber ineludible de la juventud, movilizar los grandes proyectos que hoy se adormecen en los archivos sin apenas acallar esas voces que incessantemente claman en las aldeas, pidiendo redención.

Ante tales clamores, la juventud actual no reacciona, ni las más sentidas necesidades se resuelven con la actuación decisiva del elemento joven, de ese elemento que hoy solo «foxtrofea» y populariza las modas que el exótico ultraismo extiende con censurable propagación.

La moderna juventud, en cuyo temple el hombre llega hasta afeminarse, no es aquella que se unía para colaborar en pró del progreso de los pueblos, sino otra aún, tan distinta, que llega en su indiferentismo hasta el extremo de odiar al agobiado, por creer que éste obstaculiza su desenvolvimiento exhibicionista en Círculos y Casinos... y en antros que consumen calladamente todas las energías de su organismo.

Hay que rendirse ante la evidencia y en honor a tan amarga verdad. El cuadro no puede ser más doloroso ante la falta de decisión en una juventud que tanto podría hacer.

Sin embargo, existe un sector dentro de ella, donde la animosidad es bandera que tremola en el corazón, y el afán de una lucha, es la pesadilla que atormenta al cerebro cuando se forjan idealidades sanas en el crisol de realidades también sanas.

Seremos los que hagan volver aquellos días en que la juventud, en plena floración de su ánimo, era partícipe del éxito en las grandes empresas de redención social.

Intervendremos en las luchas, si éstas llevan la consigna de dilucidar el progreso de entre otras secundarias cuestiones que para nada deben surgir ante la obra de la civilización; y aplicaremos nuestras energías a las de cuantos quieren secundarnos para cimentar el futuro; para desvanecer la duda en si existe o no juventud; para ser... lo que debemos ser.

Rogelio TELLEZ.

Almería, 1926.

QUIMERA

La noche es clara y limpia, brilla el cielo cual un manto real de pedería...
 Mirando a las estrellas se extasia mi espíritu inmortal con loco anhelo!

Ingrávido, ascendiera en raudal cielo y en un trono de luz me sentaría.
 Qué dichoso y feliz allí sería sin las crueles intrigas de este suelo!

¡Oh! pienso que los astros titilantes son dichas pupilas fulgurantes atentas a mi afán, a mi desán...

Y llevo a sospechar en mi delirio que cierta estrella blanca como un lirio me llama con su mulo parpadeo.

G. Baena Alférez,

Dalías.

FINO COQUIN

PRUEBE V. HOY MISMO

A vuela pluma...

Como la polilla que lentamente carcome la madera de los muebles hasta hacerlos quebrar; como las grietas que invaden un edificio hasta llegar a destruirlo, así el egoísmo, larva venenosa del gusano del vicio, corroe la sociedad moderna, y... ¡quién sabe si logrará destrozarla por entero! Las costumbres de las mujeres de hoy no son las mismas de hace cincuenta años, y también los hombres cambiaron, como las diferentes estaciones hacen cambiar el nítid de las plantas; como el frío o el calor dan vida o matan el germen que las alimenta.

La sinceridad va pasando de moda.

La hipocresía reina entre los hombres.

El egoísmo se va divinizando.

Es un egoísmo duro, violento, sin tapujos ni encubiertas; egoísmo sin límites ni barreras, que no reconoce el poder de nadie ni de nada, y que todo lo arroja hasta que logra adueñarse de todo.

Ruin y falso, engaña a los hombres y los convence de tal manera, que hoy los ideales no existen. Preguntad a muchos y os convencereis al ver que os contestan «¿Mi ideal? ¡Yo no lo tengo! Si acaso, vivir siempre como pueda, haciendo o sin hacer nada; como sea me es igual. El caso es vivir mi vida.»

Todos oíen y piensan... igual. Todos piensan en que hay que vivir, ¿cómo? Eso es lo que ellos, los egoístas, se callan.

Vivirán su vida, sí, pero ¿a qué precio?

A costa de las vidas de los demás. Esa es la realidad y eso es lo cierto.

Porque los egoístas son parásitos que viven sobre la Humanidad, alimentándose de los medios de ella, y mirando su vida hasta llegar a destruirla...

Fernando Grisoli.

CARTA ABIERTA

Para el simpático PACO VELARDE.

Perdona, vate amigo, mi tarda y premiosa correspondencia a tu amable sollicitación, portadora de la buena nueva de vuestro proyecto periodístico fausta noticia que oreó, con frescura de oasis, mi calenturiento magín y puso alburas de aurora en las tenebrosidades de este mi asiduo batallar con la rampolona e ingrata prosa ofuscinesca.

Pretendes que como una abeja más de esa flamante colmena literaria que, con tan laudable acuerdo, habéis formado, libre, en la exuberancia de sus pródigos cálices, el rico néctar de estas mis raras florescillas, y os ayude a construir el sabroso panal de dorada y exquisita miel con que tratáis de endulzar los paladares almerienses. Y ¿quién se niega a tan cariñosa y halagüeña demanda?...

Cuenta, pues, caro amigo, con mi modesta cooperación a esa obra de progreso y de cultura que en buena hora emprendisteis; y no lloves a mal que me permita este consejo: procurad, con inflexible rigidez, que vuestras elucubraciones se inspiren, en todo caso, en estricto criterio de justicia, ya que el periódico debe ser paladín esforzado de toda noble causa, sin llegar jamás a convertirse en artero puñal que se esgrime, alevé, en las oscuras encrucijadas de la vida, sino, muy al contrario, mantenerse siempre ecuaníme y avizor, férrea lanza de moderno Quijote, presta a romperse en mil pedazos en defensa de lo justo, de lo honrado, de lo noble. Y esa debe ser la divisa de vuestro escudo.

Hago fervientes votos por la prosperidad de esa naciente publicación, y a todos os estrecho en un abrazo fraternal.

Luis LOPEZ y LOPEZ.

Dalías 1926.

En el Hospicio

La Superiora del Hospital, Sor Gregoria de Ayala, nos ha recibido con esa amable dulzura y complacencia que se manifiestan en quienes hicieron de su corazón el refugio entrañable de la más sentida caridad.

Le hemos expuesto nuestros deseos de informarnos detalladamente del actual funcionamiento de aquella benéfica estancia, donde se ampara al indigente, al hijo del arroyo, a los que, huérfanos de maternales caricias, hallaron acogida amorosa, allí, donde el ambiente está saturado de amor y de bondad.

La Superiora nos ha escuchado con delicado gusto, y luego, con exquisitez infinita, nos ha contestado dulcemente:

—El estado actual, por lo que a la vida interna del Hospicio se refiere, no puede ser más satisfactorio... Los chicos están atendidos, y puede decirse, hasta donde circunstancialmente puede afirmarse, que las necesidades de ellos, en armonía con el régimen del establecimiento, quedan suficientemente cubiertas. Hoy, esta casa ha variado notablemente, a pesar del encarecimiento de la vida; las autoridades, y por ellas la Diputación, se desvelan por que no falte nada... Cuanto se les interesa, tanto o más se nos ofrece.

Nosotros nos extrañamos de la transformación sufrida en dicho benéfico organismo. Interrumpimos las optimistas palabras de la religiosa, de la benemérita mujer que sacrifica sus fuerzas y hasta su vida misma en aras del amor, como si su vida fuese el tributo a rendir a enfermos y a niños desvalidos, y le mostramos, suplicante, nuestros deseos de ver a los hospicianos.

Ella, con solícita diligencia, nos acompaña hacia el salón donde los chicos, en esta tarde gris y desapacible de invierno, distraen sus ocios en juegos denodados e inocentes. No pasan de unos ochenta los allí recluidos.

—Ni uno —dice— carece de traje decente, ni de calzado. Los alimentos son inmejorables; y en días de fiesta, como hoy, les servimos comida extraordinaria. Todos son muy buenos y nobles; ninguno, puedo asegurarle, abriga ideas corruptoras cuyo peligro pudiese contagiar a otros. Son unos verdaderos angelitos... y yo los quiero mucho... mucho.

—Los mayorcitos —continúa, como adivinando la interrogación que íbamos a hacerle— trabajan, pero no aquí, en esta casa, porque no hay talleres, sino en la calle, y luego, a las horas reglamentarias, regresan a comer. Los otros, pasan el día en el colegio, aprendiendo los primeros conocimientos útiles... En fin, que creo que esto ha mejorado bastante, y no puede haber queja.

Y en verdad, que nosotros, ante este cuadro de próspera perspectiva, nos sentimos satisfechos al encontrarnos con uno tan distinto al que, también, ocupó nuestra atención hace pocos años.

El Hospicio, y en él, su desenvolvimiento interno, ha variado con notable metamorfosis. Ya no es aquél, obscuro y miserable, de niños escudidos, descalzados y ateridos por el frío, alimentados con «sopas bobas», sin más consuelos a sus cuitas que los desvelos de estas monjitas que vieron en cierto tiempo, a esos desgraciados acogidos a su cariño, sin poderles infundir sus generosos alientos cuando por circunstancias lamentables era crítica la situación económica de las arcas provinciales. Y estas religiosas, sufrieron en aquellas incertidumbres interminables, ante el cuadro desolador de hospicianos hambrientos.

Ya es otro; aunque podía hacerse mucho más, merced al celo de unas autoridades que piensan, acaso ligeramente, en la desventura de una humanidad pobre, miserable... que sin más amparo y esperanza que el manto de la noble Caridad, se arrastra por los senderos de la vida.

MELCHOR BEMAR.

Almería, 1926.

El mal social

El desorden y la injusticia predominan desgraciadamente en estos tiempos en que se desliza la Humanidad.

Es indiscutible que existan patricios y plebeyos, según se observa en la historia de los tiempos; mas para obtener una normalidad de clases es necesario que aquellos correspondan prudentemente al trabajo prestado por todos los desheredados de la fortuna que tienen hambre y yacen postergados en el abandono y en la miseria...

Por suerte, en España, no han arraigado ciertas creencias, semilleros de la desgracia y el infortunio. Varias veces han intentado dar el asalto para apoderarse del obrero y fascinarlo con halagüeñas promesas; pero el trabajador español se opone directamente a tales doctrinas o permanece indiferente a cuanto le rodea. Mas no por eso debe continuar insensible en medio de las vicisitudes de la vida, porque, así como esa apatía le libró de un triste desenlace, también puede conducirle a un estado tan calamitoso como el primero...

Una vez fracasados los partidos políticos revolucionarios, urge que el obrero abra sus ojos a la luz, que se instruya, y de este modo, si llegara el enemigo a travar nuevas acechanzas, que se encuentre en un estado de cultura suficiente para defenderse.

La causa de la indiferencia es la ignorancia. Primeramente se debiera evitar que el obrero deje de frecuentar la taberna donde se envilece y se encanana, que se convenza de la necesidad del trabajo, y conozca sus deberes...

Se impone el rasgar ese velo que nos priva de la visión de la verdad y no dejarse dominar por más tiempo de esa irónica desidia. Es preciso levantarse de este estado de postración en que nos encontramos. Entre los escombros de una sociedad, que se derrumba, levantemos los cimientos de una nueva empresa; un solo operario nada conseguiría; una masa formidable de hombres honrados llevarán a cabo lo que se propusieren contra los ataques de todos los sectarios... pronto se desvanecerán sus acechanzas como cesara la tempestad a impulso del huracán y dejara ver en las celestes alturas de lo infinito el sol vivificador y esplendoroso de un día de paz y de justicia.

Y por otra parte, lástima da ver esos focos del vicio inundados por jóvenes aún imberbes; jóvenes que han perdido las creencias y se mofan con irónica sonrisa de las sagradas tradiciones; jóvenes que han perdido el amor y el respeto a sus padres... ¡Preguntadles por el amor a la Patria y os responderán, acaso, con una risotada de sarcasmo! Viven sin ideales, desconocen el bien, y por eso se lanzan en brazos de la pasión que les domina, ya sin fé y sin Dios, obsesionados su mente por un materialismo desastroso y la más precoz incredulidad que, como dijo Bossuet, llega a conducirlos hasta los límites del crimen y del suicidio...

¡Es que desconocen la existencia de una Patria que exige un falange de hombres nobles y vigorosos, y de una religión que puede cobijar a todos los necesitados y poderosos, pues, ella es el único medio de reconciliar a estos dos grandes enemigos!...

El gran problema social quedará resuelto si existiera cultura que imprima el honor al vi-

cio y la inclinación al trabajo que incluye la honradez.

La vida no nos ofrece otra cosa que una farsa mordaz y continua; en la mayoría de los hombres no reina otra cosa que el interés y la hipocresía.

La vida es bella para los que vinieron al mundo rodeados de comodidades y deleites, pero no para los llamados hijos del infortunio que viven atenuados por el hambre y caminan por el mundo recogiendo todos los dolores.

Pero... aún no es todo perdido si somos capaces de sentir el amor en nuestro pecho...; por el amor veréis os descender al magnate a la cabaña del menestero; por el amor no existen jerarquías ni dignidades sociales que nos impidan comunicarnos con nuestros semejantes...; por el amor Dios nos hizo hermanos y vino al mundo para redimirnos...; por el amor desaparecieron esos fatales encumbramientos y estrepitantes sociales, el odio insaciable del oprimido y la red de venganza de los que padecen persecución inmerecida...

¡Qué sublime fué la doctrina de aquel Maestro que señaló el único y verdadero camino de redención humana!... ¡El amor y sólo el amor!!

José María G. de la Torre.

Noche de Reyes

Grotescamente pasan caravanas de beodos, que se dirigen a sus casas. La mayoría habitan en cuevas, donde les esperan mujeres de rostros famélicos y chiquillos astrosos...

Enfurecidos, golpean a sus mujeres que deslian en silencio la amargura de sus vidas. Son dignos descendientes de la antigua morería reinante. Para ellos, la mujer es una cosa; nunca, la compañera que ante el altar, les otorgó un sacerdote, por voluntad de Dios.

En su frente, los azahares y marchitos trocáronse en corona de agudas espinas. La clase obrera, en estas tierras meridionales, es por regla general, muy negligente.

Los hombres, alcoholizados, no tienen la sangre activa, y parecen inertes para todo lo bueno; sólo sienten sed de beber, hasta deshacerse sin sentir, las entrañas abrasadas. Derrochan lo poco que ganan, en tabernas y lugares de perdición degradantes, y las pobres mujeres, analfabetas las más, se ven precisadas a empeñar hasta lo más necesario para atender a preteritorias necesidades.

Los hijos, pálidos y demacrados por la anemia, no piden más que pan; mejor dicho, en esta noche piden algo más... piden que los Reyes Magos se acuerden de ellos; y las madres sollozantes, les dice muy quedo:

—Los Reyes no quieren a los niños pobres.

Los angelitos se quejan pensativos y quizá en sus pupilas oscilara una lágrima que bien pudiera ser de horror a la miseria.

La suerte de estos niños es mucho peor que la que les cabe a los expositos. Estos, tienen Reyes, y debido a las almas piadosas, pueden guardar su ilusión sin extinguir; no tienen padres pero los ricos se apiadaban de ellos; en cambio de los otros, como los tienen, nadie se acuerda y es su orfandad mucho más dolorosa que si sus progenitores durmieran por siempre en el reino de las almas...

Los niños pobres se duermen al fin, sobre el regazo materno; quizá en su inocencia soñarán que la regia cabalgata con trajes recargados de pedrería, pasan por su mismo albergue, doliéndoles una ofrenda; y quién sabe si al día siguiente florarán su decepción ante la triste realidad...

En tanto, los culpables, duermen pesadamente su embriaguez sobre un camastro...

Carmela REYES.

ALIENTOS

Me han pedido que escriba algunas líneas para el primer número de este semanario, sus fundadores y organizadores, unos muchachos casi imberbes.

Viéndolos y oyendo de sus labios la exposición de sus ilusiones y proyectos, acordábase yo de aquel precepto de Horacio en su epístola a los Pisones: «sumite materiam vestris, qui scribitis, equam viribus»; pero a la vez, si está contrastado por la realidad que en todos los aspectos de la actividad humana «Audaces fortuna iuvat», mucho más debe esto suceder en estas nobles audacias empleadas en las honrosas lides de la inteligencia y el corazón.

Y aquí tenéis ya señalados polos de vuestras orientaciones: la educación de la inteligencia y el corazón; pero bajo la dirección de la fé, que si es humana, es vínculo indispensable de toda sociedad; acicate de todas las energías; destructora de enfermizos pesimismo. Y si es divina, es, por lo mismo, criterio supremo de verdad; foco inextinguible de belleza; forma perfectísima de arte; y sobre todo, guía inequívoca para que el hombre pueda conseguir su último destino.

Estamos asistiendo a las agonías de un período de descreimiento y desilusión, que produjo una juventud enteca, sin pulso, sin ideales. Hoy por fortuna, se inicia en el mundo otro período eminentemente constructivo, de reedificación de busca de las raíces y aprovechamiento de la savia de la propia personalidad, de afianzamiento de todos los resortes fundamentales; y ciego estará quien no vea cómo se señala y destaca con trazos vigorosos el esfuerzo generoso de la juventud, que ocupa los primeros puestos en esta cruzada por la espiritualización de una sociedad prosaica y materialista.

¿Venís a la vida pública con estos ideales? Pues entonces, ¡a luchar y a triunfar!

FRANCISCO DE HARO.

Almería.



Un atraco

Hace pocos días, mi buen amigo Paco Velarde paróme en la calle y con la amabilidad suya característica, me exigió le diera unas cuartillas para el primer número de «Andalucía Oriental», cuyo periódico se había encargado de dirigir. Un atraco fué para mí esta petición, pues que tras hacer mucho tiempo no he estado en la escuela y habérselo por tanto olvidado el coger la pluma, lo peor de todo era que sólo memoriales y cartas para novias de soldados fué lo que más ejercité yo siempre. Así tuve necesidad de decirsele a mi simpático e inoportuno amigo, pero él, recordando haber leído en alguna ocasión algo con mi firma, insistió e insistió tanto, que le ofrecí hacerle unas cuartillas, y a partir de este instante comencé a pensar qué iba yo a escribir, si en realidad era un error sufrido por el director de «Andalucía Oriental», exigiéndome cosa para mí tan difícil.

Colocado en trance tan apurado, y recordando cierto coloquio amoroso, salí de mi compromiso...

¡Ay qué gloria! Entre el inmenso repertorio de las frases del género carsi, figuran en primera fila esas tres palabras, que

encierran todo un poema de pasión y de ternura. La otra mañana, a tiempo que yo cruzaba una callejuela, cierto joven pingoso, con blusa y sin montera, dirigía esas frases a una gordiflona sirvienta que llevaba una cesta en el brazo y escuchaba inocentona los tiernos floreos de aquel Don Juan ultramarino.

Tan empalagosa frase, despertó mi curiosidad; me fijé en aquel par de tórtolos que abstraídos con su amor, no reparaban en los que pudieran observarles, ni en el tiempo que invertían en su entrevista, causando seguramente la indignación de sus amos. Escuchaban la conversación unas cebollas que imprudentes asomaban la cabeza sin obedecer a los cogitazos que la Menejilda les daba para que se ocultaran bajo la tapa de la repleta cesta.

El Don Juan, con sus coloradas y rechonchas manos, denunciaba la existencia de mortificantes sabañones.

Aquel ¡Ay qué gloria! dicho entre un ambiente de cebollas y perejil, daba a la feliz pareja cierto aspecto poético, dentro de lo vulgar de sus tipos.

Cuantos hubieran escuchado y visto a aquella pareja, habrían prorrumpido en una carcajada ruidosa; y sin embargo ¿quién les dice a ustedes que los corazones de aquellos ordinarios enamorados, no eran capaces de sentir con la misma delicadeza que los de aquellos amantes célebres que eternizaron sus nombres?

Les confieso a ustedes que muchas veces, al recordar el aspecto del que apasionado pronunciaba aquellas palabras, y de aquella a quien se dirigían, envidio la poderosa fuerza imaginativa del enamorado joven de la blusa, que frente a una cara redonda y achatada y oliendo a perejil y cebolla, concibe una gloria que le sonríe entre berzas y coliflores...

Pongan ustedes a aquel muchacho, frente a una belleza ideal y soplándole un poco la musa y... lo que dijo un mozallete, que marchaba junto a mí, en el momento en que a mis oídos llegó aquel apasionado ¡Ay qué gloria!

—¡Qué finístico! ¡Ni el Becquer!

CARLOS FORNOVI.

Almería.

GLOSAS SANITARIAS

Se lee con bastante frecuencia en la prensa de Madrid, los numerosos casos de intoxicaciones por ingestión de leche adulterada. Estos infinitos casos que se suceden diariamente en la vida, tienen su origen en la falta de una severísima y estricta organización sanitaria. ¿Cómo se tiene al personal sanitario relegado a la negligencia por las autoridades civiles que son las que les mandan? ¿Es que no existe un autoritarismo científico-sanitario capaz de imponer sus teorías con severas medidas coercitivas contra los malsanos especuladores de la salud pública? ¿Es por ventura cosa nueva en nuestra España el que se den tan repetidos casos de intoxicaciones?

Sea cual fuere la causa que motiva este punible abandono, si puede afirmarse que hoy se manipula con la salud del público, que desconoce a fondo las cosas de sanidad, con la misma sencillez que un futbolista imprime en el desarrollo de su sport. ¡Cuán distanciados están el pueblo y la sanidad! Sincera-

mente pensando, podría darse el remedio a este dolo sanitario, que tanto affige a la sociedad, con sus comerciantes desaprensivos e intrusos en la salud pública, sancionando severos castigos las autoridades gubernativas a tales entes despreciables, a quienes sólo guía el egoísmo imperdonable de sus apetitos malsanos. ¿No se da el caso un día y otro, de prestar asistencia facultativa en las Casas de Secorro a tantas víctimas del pueblo, que en cambio a su dinero obtiene especies, causantes muchas veces de graves intoxicaciones?...

Humilde profesional, defensor de la salud pública, no debo dejar de exponer mi aserto sanitario por cuanto a los peligros que contra la salud pública se refieren; y a tal causa, al hacer referencia de casos de adulteraciones en los artículos de consumo, que la prensa de Madrid nos relata con harta frecuencia, unas veces por triquinosis o carnes carbunclosas y otras por ingestión de leche adulterada, o en otros órdenes del campo bacteriológico, me mueve el sentimiento del deber cumplido, que es una sanción para la sociedad digna de mejor suerte, por cuanto a su salud atañe, y que tan de cerca venimos obligados sanitarios y autoridades, en velar por el magno problema de la higiene, que va en pró de la ciencia de la salud pública.

José Márquez Rodríguez.

Practicante.



Toda la correspondencia y originales habrán de remitirse al Director, el que en gracia a la espontaneidad de unos y al honor que nos dispensarán otros, conservará siempre a disposición de sus respectivos autores, aquellos trabajos que no se publiquen.

Las travesuras de Hilario

A nuestra redacción se han acercado varios vecinos del pueblo de Zurgena, exponiéndonos las vicisitudes porque vienen atravesando en lo relativo al alumbrado eléctrico de dicho pueblo; gaje que viene disfrutando el celebrísimo hombre de negocios, Hilario Antonio Perales.

Nos aseguran nuestros visitantes, que, el referido concesionario, al objeto de ahorrarse algunas pesetas con la supresión del fluido, deja al pueblo a oscuras cuando le viene en ganas; y como la aflagaza de que se vale, es, el pretexto de la rotura de algún cable, que él mismo manda derribar, de ahí que la gestión de dicho concesionario sea fatal, y ocasione la protesta airada de todo el pueblo.

Otras veces, cuando el amigo Hilario comprende que los vecinos se han dormido, corta, o manda cortar el fluido, y deja a Cristo a oscuras; dándose el caso, de que, en más de una ocasión, hayan tenido que salir algunos socios del Casino, jugando a la gallina ciega, por las diabluras que se le ocurren al celebrísimo Hilario.

En el próximo número continuaremos exponiendo sus «deliciosas» travesuras.



Pensamientos

La mujer es como el hipnotizador: cerca de ella hacemos lo que nos manda, lejos lo que nos parece.

El tiempo es el gran crisol donde se funde nuestra propia vida.

Amor es, a veces, sinónimo de deseo.

La honra de una sola mujer, vale más que la de cien hombres juntos.

LONAY.